

F. RODRIGUEZ ADRADOS

COMO HA LLEGADO A NOSOTROS LA LITERATURA
GRIEGA

Publicado en la REVISTA DE LA UNIVERSIDAD DE MADRID

VOLUMEN I.—NÚMERO 4

M A D R I D

1 9 5 3

COMO HA LLEGADO A NOSOTROS LA LITERATURA GRIEGA (*)

Por FRANCISCO RODRÍGUEZ ADRADOS

La transmisión por copias manuscritas de la literatura griega y latina durante el largo período de mil años que va del fin de la Antigüedad hasta la época de la invención de la imprenta, es un hecho de inmensa trascendencia que sólo se explica por la continuidad de la tradición cultural desde la Antigüedad a la Edad Moderna. Igualmente, la conservación a lo largo de toda la Antigüedad de algunas de las obras literarias de la primera época de la misma, es testimonio de una tradición cultural ininterrumpida. Esta vigencia de la tradición clásica, su calidad de modelo y el hecho de que sea la cultura más elevada existente hasta el siglo XV, explica la diferencia que hay entre la manera de transmitirse las literaturas griega y latina y la salvación fortuita de algunos monumentos literarios del antiguo Oriente.

Estudiar, pues, el hecho de la transmisión de los textos griegos —que es mi tema concreto— desde un punto de vista histórico-cultural es el objeto que me propongo. Y este estudio histórico-cultural no sólo se refiere al problema de la transmisión de la literatura griega en su conjunto, sino también al detalle de las distintas fases de esta transmisión y de las selecciones sucesivas que han hecho que sólo una pequeña parte de la literatura griega haya llegado hasta nosotros. La actitud frente a esta literatura y sus diferentes géneros y autores ha variado con el tiempo, y de ahí el interés que tiene desde nuestro punto de vista entrar en el detalle de la tradición cultural que va desde Homero al fin de Bizancio, y que tanto ha influido en fecha posterior.

(*) Lección inaugural pronunciada por don Francisco Rodríguez Adrados el día 6 de diciembre de 1952, al tomar posesión de la segunda cátedra de Filología Griega de la Facultad de Filosofía y Letras.

Con todo esto no queremos negar el papel que el azar ha jugado algunas veces en la transmisión de la literatura griega; baste recordar el caso de autores conocidos por un manuscrito único, como Lisias o Marco Aurelio (1). Piénsese también en el caso de Eurípides: además de la selección antigua de diez piezas (del siglo III, probablemente), que nos dan numerosos manuscritos, hay dos (2) de fecha tardía (siglo XIV) que nos conservan parte de una antigua edición completa de Eurípides, ordenada alfabéticamente, y que nos han salvado así otras nueve tragedias o, mejor dicho, diez, pues estos manuscritos contienen también la selección y no exceptúan en ella las *Bacantes*, que en los manuscritos que abarcan sólo la selección se habían perdido, con lo cual quedaba ésta reducida a nueve piezas. Pero es importante señalar que, a pesar de todo, el papel desempeñado por el azar es menor de lo que generalmente se piensa.

Hay dos momentos al menos en que un gran viraje en la Historia amenaza romper las marras de la tradición y ocasionar la pérdida de la literatura antigua. Estos dos momentos de crisis son el comienzo de la época helenística, con la muerte de los antiguos géneros literarios, los antiguos ideales y la antigua concepción de la literatura; y el comienzo de la Edad Media, con la muerte también de los ideales antiguos y de la literatura griega. En uno y otro momento surge un movimiento, reducido al principio a unos pocos hombres —el grupo en torno a Aristófanes de Bizancio y el en torno a Focio, respectivamente—, que logra soldar el presente con el pasado y salvar lo que era aún accesible de la antigua literatura. Por ello puede decirse que las grandes pérdidas que ésta ha sufrido se produjeron entre estos dos nombres y, más concretamente, en la época romana a partir del siglo II después de J. C., en que la cultura literaria desciende constantemente, pues los estragos de la primera época bizantina son menores por la mayor duración del pergamino, generalizado desde el siglo V, respecto al papiro. Así, pues, los períodos que sucesivamente hemos de estudiar desde nuestro punto de vista son los siguientes: época clásica, época helenística, época romana con la primera época bizantina y época del renacimiento bizantino. En el establecimiento de estos períodos influyen, por lo demás, no sólo la his-

(1) Para LISIAS, el Palatinus 88, con excepción del *Epitafio* y del discurso *Sobre el asesinato de Eratóstenes*, que se leen también en otros varios manuscritos; para MARCO AURELIO, el Vaticanus, 1950, pues el códice utilizado en la edición príncipes de XILANDRO desapareció posteriormente.

(2) Laurentianus 32, y uno dividido en dos partes, que son el Palatinus 287, y el Laurentianus 172.

toria cultural y los gustos literarios de las diversas épocas, sino también, como veremos, circunstancias dependientes de la forma material del libro, que también varió.

I.—ÉPOCA CLÁSICA

El libro en esta época.

Es fundamental para la transmisión de la literatura griega en la época clásica el hecho de que el libro propiamente dicho —el libro editado y difundido de una manera regular— no existe hasta el siglo V, y aun entonces no es frecuente. Nada de extraño tiene ello si pensamos que la poesía griega de la época clásica no es una poesía para ser leída —como la de la época helenística—, sino para ser recitada o cantada. Este fué el medio por el cual se difundió normalmente Homero, cuyos poemas son un típico ejemplo de poesía oral y eran conocidos por las recitaciones de los rapsodos y el aprendizaje de memoria en la escuela. Esto no excluye que desde antiguo —tal vez desde el principio— los rapsodos hayan tenido copias de Homero, como no hay dificultad en el hecho de que el más antiguo monumento escrito de la literatura castellana sea el *Poema de Mio Cid*, es decir, un poema épico normalmente difundido por los juglares. Podía también haber copias privadas en poder de particulares, como la que tenía Eutidemo de un Homero completo, lo cual causa la admiración de Sócrates (3), que le pregunta si es su intención hacerse rapsodo; pero lo que se dice una edición no existía.

Lo mismo podemos afirmar de la poesía elegíaca, destinada a ser cantada con acompañamiento musical, principalmente en los banquetes, o de la lírica monódica y la coral, cantadas igualmente, en general, en circunstancias fijas y que no admitían repetición (ceremonias religiosas, celebración de una victoria en los Juegos, etc.). El teatro tampoco es en principio, evidentemente, una obra de lectura. Añadamos aún el nomos y el ditirambo de fines del siglo V y comienzos del IV.

Si pasamos a la prosa, veremos que en la época preclásica, y a veces aun en los siglos V y IV, los escritos en prosa son, en general, simples *hypomnemata* o apuntes que servían de ayuda a la enseñanza oral, ya para uso del maestro, ya para uso del discípulo. Este es el carácter de los

(3) JENOFONTE: *Memorables*, IV, 2, 10.